

Poesie*: nella voce di Maqroll il Gabbriere

Álvaro Mutis

Traduzione italiana di Martha L. Canfield

Da Reseña de los hospitales de ultramar (1959) / Rassegna degli ospedali di oltremare

“El hospital de los soberbios”

Al terminar una calle y formando una plazuela cuadrangular, se elevaba un oscuro edificio de cuatro pisos de ladrillo rojo con amplias ventanas iluminadas, noche y día, por una luz amarilla y mortecina.

Allí padecían los Soberbios, los que manejaban la ciudad, los dueños y dispensadores de todas las prebendas, los que decidían en última instancia desde el contrato para la construcción de un gran estadio hasta la mínima cuenta de un albañil de las alcantarillas.

El desorden de sus poderes, la horrible variedad de sus soberbias, expresada en cada caso con los más hondos e hirientes matices; la larga historia de sus enfermedades – que era preciso oír con devota atención antes de explicar la razón de la visita –; la fetidez de las salas en donde moraban y despachaban al mismo tiempo sus asuntos, rodeados siempre de frascos y recipientes en los que se mezclaban las drogas y las deyecciones, los perfumes y los regalos en especies que acumulaban los solicitantes y que servían a los dolientes de constante alimento a su irritable gula; la luz siempre escasa de las salas, que hacía tan difícil leer la multitud de papeles, documentos, pruebas, recibos y cuentas que se requerían en cada caso; todo ello hacía para mí detestable la visita de aquel puerto adonde llegábamos todos los años, ya entrada la estación, cargados de húmedos fargos de mercancías y en medio de nieblas que dificultaban las labores de atraque.

“L’ospedale dei superbi”

Alla fine di una strada e dando inizio a una piazzetta quadrata, s’innalzava uno scuro palazzo di quattro piani di mattoni rossi con grandi finestre illuminate, giorno e notte, da una luce gialla e fiavole.

Lì soffrivano i Superbi, coloro che gestivano la città, i padroni ed elargitori di tutte le prebende, quelli che decidevano in ultima istanza tutto, dal contratto per la costruzione di un grande stadio fino all’insignificante preventivo di un muratore delle fogne.

Il disordine dei loro poteri, l’orribile varietà delle loro superbie, manifestata in ogni caso con le più profonde e le più offensive delle sfumature; la lunga storia delle loro malattie – che bisognava ascoltare con dovuta attenzione prima di spiegare la ragione della visita –; il fetore delle sale dove dimoravano e sbrigliavano insieme i loro affari, circondati sempre da flaconi e contenitori in cui si mescolavano medicine e deiezioni, profumi e regali in natura che i richiedenti accumulavano e che agli afflitti servivano come perenne alimento per la loro esasperata ghiottoneria; la luce sempre scarsa nelle sale, che rendeva difficile la lettura di un’enorme quantità di carte, documenti, prove, ricevute e scontrini che venivano richiesti in ogni caso; tutto quello mi rendeva detestabile la visita di quel porto dove arrivavamo ogni anno, ormai a stagione inoltrata, carichi di pesanti fagotti di merci e in mezzo alla nebbia che rendevano più difficili le manovre di attracco.

El permiso para descargar las mercancías y todos los trámites de uso para zarpar, debía yo arreglarlos en el Hospital, pues al Capitán le estaba vedado entrar allí, por no sé qué razones de sangre, religión y precedencia de castas, que según los más arbitrarios designios habían instituido los moradores de la gran casa de ladrillo. A menudo coincidían mis gestiones con el día de permiso para entrada de las mujeres. Sus repelentes risitas de rata se escuchaban entonces en el fondo de las salas y los enfermos alargaban interminablemente sus asuntos mientras satisfacían su deseo con desesperante lentitud, en presencia de los fatigados solicitantes que debían permanecer de pie. Nunca pude ver bien el rostro o siquiera las formas de las mujeres que visitaban las salas, pero jamás olvidaré sus risas contenidas y agudas, simiescas e histéricas, que puntuaban las largas esperas hasta agotar los nervios. En un desorden de cobijas y sábanas manchadas por todas las inmundicias, reposaba su blanda e inmensa estatura de diabético, el enfermo que conocía de los asuntos de embarque. Su voz salía por entre las flemas de la hinchada y fofa garganta en donde las palabras perdían toda entonación y sentido. Era como si un muerto hablara por entre el lodo de sus pecados. Gustaba dar largas explicaciones sobre el porqué de cada sello y la razón de cada firma, a tiempo que se extendía caprichosamente en comentarios y detalles sobre sus dolencias y sus medicinas. Al salir del Hospital, aún seguían flotando ante mis ojos los pliegues de su lisa papada, moviéndose para dar paso a las palabras, como un intestino de miseria, y el largo catálogo de las pócimas se mezclaba en mi mente con la enumeración interminable de los requisitos exigidos para zarpar de aquel puerto de maldición.

Il permesso per scaricare le merci e tutte le pratiche regolari per salpare, le dovevo eseguire io all'Ospedale, dato che al Capitano era vietato entrarvi, per non so quali ragioni di sangue, religione e priorità di caste, che seguendo i disegni più arbitrari avevano istituito gli abitanti della grande casa di mattoni. Spesso coincidevano le mie pratiche con il giorno di permesso per l'ingresso delle donne. Le loro schifose risatine da topo si ascoltavano allora in fondo alle sale e i malati prolungavano indefinitamente i loro affari mentre davano soddisfazione al loro desiderio con esasperante lentezza, in presenza degli affaticati richiedenti che dovevano rimanere in piedi. Non ho mai potuto vedere bene il volto né tanto meno le forme delle donne che visitavano le sale, ma non potrò dimenticare il loro ridere trattenuto e penetrante, scimmiesco e isterico, che scandiva le lunghe attese fino a rovinare i nervi.

Sul disordine di coperte e di lenzuoli macchiati da ogni sporcizia, faceva riposare la sua morbida e sterminata corporatura da diabetico quel malato esperto di faccende riguardanti l'imbarco. La sua voce veniva fuori in mezzo al catarro della gonfia e flaccida gola, attraverso la quale le parole perdevano ogni intonazione e senso. Era come se un morto parlasse mediante il fango dei propri peccati. Gli piaceva dare lunghe spiegazioni sul perché di ogni timbro e la ragione di ogni firma, mentre si dilungava capricciosamente in commenti e particolari sui suoi acciacchi e sulle sue medicine.

Quando uscivo dall'Ospedale, continuavano a galleggiare davanti ai miei occhi le pieghe del suo levigato doppio mento, che si muoveva per far passare le parole, come un intestino di miseria, e il lungo catalogo dei decotti si mescolava nella mia mente con l'interminabile enumerazione dei requisiti necessari per salpare da quel porto di dannazione.

“Morada”

Se internaba por entre altos acantilados cuyas lisas paredes verticales penetraban mansamente en un agua dormida.

Navegaba en silencio. Una palabra, el golpe de los remos, el ruido de una cadena en el fondo de la embarcación, retumbaban largamente e inquietaban la fresca sombra que iba espesándose a medida que penetraba en la isla.

En el atracadero, una escalinata ascendía suavemente hasta el promontorio más alto sobre el que flotaba un amplio cielo en desorden.

Pero antes de llegar allí y a tiempo que subía las escaleras, fue descubriendo, a distinta altura y en orientación diferente, amplias terrazas que debieron servir antaño para reunir la asamblea de oficios o ritos de una fe ya olvidada. No las protegía techo alguno y el suelo de piedra rocosa devolvía durante la noche el calor almacenado en el día, cuando el sol daba de lleno sobre la pulida superficie.

Eran seis terrazas en total. En la primera se detuvo a descansar y olvidó el viaje, sus incidentes y miserias.

En la segunda olvidó la razón que lo moviera a venir y sintió en su cuerpo la mina secreta de los años.

En la tercera recordó esa mujer alta, de grandes ojos oscuros y piel grave, que se le ofreció a cambio de un delicado teorema de afectos y sacrificios.

Sobre la cuarta rodaba el viento sin descanso y barría hasta la última huella del pasado.

En la quinta unos lienzos tendidos a secar le dificultaron el paso. Parecían esconder algo que, al final, se disolvió en una vaga inquietud semejante a la de ciertos días de la infancia.

En la sexta terraza creyó reconocer el lugar y cuando se percató que era el mismo sitio frecuentado años antes con el ruido de otros días, rodó por las anchas losas con los estertores de la asfixia...

A la mañana siguiente el practicante de turno lo encontró aferrado a los barrotes de la cama, las ropas en desorden y manando aún por la boca atónita la fatigada y oscura sangre de los muertos.

“Dimora”

Procedeva attraverso alti dirupi di levigate pareti verticali che penetravano dolcemente in un'acqua sonnolenta.

Navigava in silenzio. Una parola, il battere dei remi, il rumore di una catena in fondo all'imbarcazione, rimbombavano a lungo e agitavano la fresca ombra che andava addensandosi a mano a mano che entrava nell'isola.

All'imbarcadero una piccola scala s'innalzava soavemente fino al promontorio più alto sopra il quale ondeggiava un vasto cielo in disordine.

Ma prima di arrivarci e mentre saliva la scala, scoprì, a diverse altezze e in direzioni diverse, ampie terrazze che probabilmente erano servite in passato per riunire l'assemblea di uffici o riti di una fede ormai dimenticata. Non erano protette da alcun tetto e il pavimento di pietra rocciosa restituiva di notte il caldo immagazzinato durante il giorno, quando il sole batteva in pieno sulla brunita superficie. Erano sei terrazze in tutto. Sulla prima si fermò a riposare e dimenticò il viaggio, le sue traversie e miserie.

Sulla seconda dimenticò la ragione che l'aveva portato e sentì nel suo corpo la mina nascosta degli anni.

Sulla terza ricordò quella donna alta, dai grandi occhi scuri e carnagione grave, che gli si offrì in cambio di un delicato teorema di affetti e sacrifici.

Sulla quarta il vento vorticava senza sosta e spazzava perfino l'ultima traccia del passato.

Arrivato alla quinta, ebbe difficoltà a passare a causa dei teli messi ad asciugare. Sembravano nascondere qualcosa, che alla fine si dissolse in una vaga inquietezza, simile a quella di certi giorni dell'infanzia.

Sulla sesta terrazza gli sembrò di riconoscere il posto e quando capì che era proprio quello che aveva frequentato anni addietro con i suoni di altri giorni, rotolò lungo le lastre di pietra con il rantolo dell'asfissia...

La mattina dopo l'infermiere di turno lo trovò afferrato alla testiera, i vestiti in disordine e con la bocca attonita che versava ancora il sangue scuro e lento dei morti.

“Las plagas de Maqroll”

«Mis plagas», llamaba el Gaviero a las enfermedades y males que le llevaban a los Hospitales de Ultramar. He aquí algunas de las que con más frecuencia mencionaba: Una gran hambre que aplaca la fiebre y la esconde en la dulce cera de los ganglios.

La incontrolable transformación del sueño en un sucederse de brillantes escamas que se ordenan hasta reemplazar la piel por un deseo incontenible de soledad.

La desaparición de los pies como última consecuencia de su vegetal mutación en desobediente materia tranquila.

Algunas miradas, siempre las mismas, en donde la sospecha y el absoluto desinterés aparecen en igual proporción.

Un ala que sopla el viento negro de la noche en la miseria de las navegaciones y que aleja toda voluntad, todo propósito de sobrevivir al orden cerrado de los días que se acumulan como lastre sin rumbo.

La espera gratuita de una gran dicha que hierve y se prepara en la sangre, en olas sucesivas, nunca presentes y determinadas, pero evidentes en sus signos:

un irritable y constante deseo, una especial agilidad para contestar a nuestros enemigos, un apetito por carnes de caza preparadas en un intrincado dogma de especies y la obsesiva frecuencia de largos viajes en los sueños.

El ordenamiento presuroso de altas fábricas en caminos despoblados.

El castigo de un ojo detenido en su duro reproche de escualo que gasta su furia en la ronda transparente del acuario.

Un apetito fácil por ciertos dulces de maicena teñida de rosa y que evocan la palabra Marianao.

La división del sueño entre la vida del colegio y ciertas frescas sepulturas.

“Le piaghe di Maqroll”

«Le mie piaghe» chiamava Maqroll le malattie e le sofferenze che lo portavano negli Ospedali di Oltremare. Ecco alcune fra quelle che rammentava più spesso:

Una grande fame che attenua la febbre e la nasconde sotto la dolce cera dei gangli.

L'incontrollabile trasformazione del sogno in un succedersi di squame scintillanti che via via si sistemano fino a rimpiazzare la pelle con un desiderio incontenibile di solitudine.

La scomparsa dei piedi come ultima conseguenza della sua mutazione vegetale in disubbidiente tranquilla materia.

Certi sguardi, sempre quelli, dove il sospetto e l'assoluto disinteresse compaiono in identica proporzione.

Un'ala che soffia il nero vento della notte sulla miseria dei navigli e che allontana ogni volontà, ogni proposito di sopravvivere all'ordine chiuso dei giorni, accumulati come smarrita zavorra.

La gratuita attesa di una grande felicità che ribolle e si prepara nel sangue, a ondate successive, mai evidenti e definite, ma presenti negli indizi:

un irritable e costante desiderio, una speciale destrezza per rispondere ai nostri nemici, una voglia di cacciagione preparata con una complessa teoria di spezie e l'ossessionante frequenza di lunghi viaggi nei sogni.

La svelta disposizione di alte fabbriche su strade spopolate.

La punizione dell'occhio fermo nel suo duro rimprovero di squalo che consuma la sua furia nel giro trasparente dell'acquario.

Un appetito immediato di certi dolci di maizena color rosa, che evocano la parola Marianao.¹

La spartizione del sonno fra la vita del collegio e certe fresche sepolture.